

MIGUEL ÁNGEL VELASCO, OFICIO Y VEROSIMILITUD

Pólvora en el sueño (Antología), Miguel Ángel Velasco.
Edición de Alfredo Rodríguez.
Chamán Ediciones. Albacete, 2017



Pertenece Miguel Ángel Velasco (1963-2010) al club de los poetas reconocidos en vida por méritos propios, pero apartado de la metrópoli y de la vida literaria en buena medida, como demuestran los reconocimientos más influyentes de su momento (“Adonáis”, “Ciudad de Melilla”, “Loewe”). Velasco pertenece a la secta que decidió vivir de la poesía desde una mirada donde todo se puso a su servicio. Miguel, como lo llamábamos a comienzos de los 80 –en la época de *Las berlinas del sueño*– (1981), me pareció un hijo del momento, a la postre mucho menos preparado para lidiar con las drogas que otros compañeros, mucho más atentos al sobrevivir. Lo suyo fue excentricidad en sentido etimológico, pero también una precariedad poco avisada donde transmite siempre sinceridad, oficio y verosimilitud, voz propia. Lo fue a pesar de su corta y desigual obra, truncada por su prematura muerte, por la calidad de sus aciertos frente a sus ejercicios iniciales más artificiosos en búsqueda de voz y anteriores al cambio de siglo.

Ejercicios no sólo producto de su herencia culturalista, sino también de su deseo de ajustarse a las enseñanzas del ritmo desde la perspectiva de Agustín García Calvo. Un camino distinto también del neosuperrealismo de origen, y también de las poéticas del silencio en su concepción del *poeta médium*, que él encontró en sus aventuras con el ácido lisérgico desde su sensibilidad aguzada con otra dirección más sensorial, mediterránea y menos aséptica. Velasco dio lo mejor de sí a partir del 1998-2003, entre la tragedia de lo arrebatado por la contemplación y la muerte del oikós... y *el arrebato*.

Alfredo Rodríguez ha sabido en un riguroso detallado y entusiasta -en ocasiones- estudio, acercarnos su trayectoria. El antólogo ha dejado fuera, siguiendo el criterio del autor conferido a Vicente Gallego, los libros anteriores a 1995. Ciertamente así se nos priva de una perspectiva completa de su aventura, pero a cam-

bio se nos entrega algo óptimo. Respetémoslo. Una antología bien hecha, aunque falten poemas que a quien escribe esto le gustaría ver. Nadie quedará decepcionado. Por otra parte, el prólogo, nos aproxima meticulosamente toda la trayectoria del poeta desde sus orígenes hacia unos derroteros distintos, tras comprender que ni el culturalismo, ni el realismo incipiente, eran su camino. A pesar de que en algunos momentos no renunció a la cita o a la narratividad, buscó la alquimia del verbo desde las correspondencias entre la exterioridad de su Mediterráneo y lo insular con los mundos interiores, además de un complejo mundo de ensoñaciones. Nos los transmite el antólogo en su saber escoger en su acendramiento, delicados perfumes intensos, en sus texturas y atenciones a lo próximo y a los espacios de escape como salvación, entre la claridad, la pequeña ilogicidad sugerente y un suave hermetismo con clave.

Alfredo Rodríguez ha sabido encontrar esa verdad, también tropológica e inédita, sorprendente en sus hallazgos siempre desoropelizados (“escorpina del alba”, p.e., entre tantos), en su aventura hacia un existencialismo trágico donde la muerte y sus pasajes se convirtieron en una recurrencia. Eros y Thanatos se conjugan desde *El dibujo de la savia* (1998), su primer libro realmente interesante, hacia ese apetito de muerte, con una voz propia en un camino intermedio entre el orfismo y la desolación, entre la claridad y un hermetismo intimista, donde el gozo inicial de los versos de amor o el ámbito próximo sentimental, va diluyéndose hacia un camino de interiores, contemplaciones, afectos, dramas. Un territorio donde el poeta nunca renuncia al sortilegio de la palabra que mimó con orfebrería, o a la mirada atenta a cuanto le incumbe en lo mínimo, en una fraternidad aterida muchas veces.

Rafael Morales Barba